

PRIMER PUESTO

Infierno verde

María Angélica Urrego Cuervo
Profesional en Hotelería y Turismo
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
angelikcu@hotmail.com

No conozco otra vida que esta, no sé lo que hay allá afuera. Todo lo que he tenido en estos años es un radio viejo que apenas coge dos emisoras porque, desde donde me encuentro, nada entra, nada sale. También tengo un reloj que le quité a un soldado caído hace mucho tiempo, pero a veces siento que es ridículo, porque el maldito se traba a cada rato; igual no importa... acá el tiempo no existe. Ya no sé ni qué día es, podría ser incluso el fin del mundo y yo no me daría cuenta. Cada vez oigo menos tiros, pero sigo teniendo las mismas pesadillas, me levanto en medio de la noche, con el miedo de sentir un rifle en mi garganta, que pueda acabar con mi vida con tan solo escupir una bala. Cuando me sucede eso, camino como un zombi, con la intención de perderme y jamás volver, pero siempre, por cosas del destino estoy de vuelta en el campamento. Podría incluso caminar con los ojos tapados y, de alguna extraña forma, regresaría sin ningún problema.

Tengo miedo, pero no de los animales que me puedo encontrar en este infierno verde, ni siquiera de la culebra que nos encontramos aquella vez con Balaguera, que nos pegó el susto de nuestras vidas; no, le tengo miedo a la peor de las bestias... el hombre. Solo en la selva he podido ver y sentir los instintos más bajos que puede tener un ser humano. Ya perdí la cuenta de los cuerpos que caen como árboles en picada, mientras la selva se los traga y no deja rastro de ellos. La primera vez que vi la muerte a los ojos fue cuando tenía siete años y me encontraba jugando con otros niños, hijos de otros guerrilleros. Qué chiste, jugábamos a policías y ladrones; yo siempre quise ser policía para acabar con los malos, pero nunca los podía atrapar. En medio del juego, empezamos a ver que todos salieron corriendo, pensé que venía un animal o algo así, pero no, era el enemigo, aún me costaba entender lo que significaba la guerra y ese día lo terminé de entender.

No hubo tiempo de correr, yo me escondí detrás de unos matorrales junto con uno de los niños, pero los otros, inocentes y ajenos a

lo que estaba pasando, no se movieron y recibieron todo el poder del odio en sus pequeños cuerpos... Balazo tras balazo cayó un par de hombres, entre ellos, Joaquín, aquel niño de ojos saltones, que nunca paraba de reír, con una sonrisa que, aunque parecía reluciente, guardaba mucho misterio, por no entender el mundo en el que le tocó vivir. También cayó Yeni, como le decíamos, yeyé, una niña que no nació con un pan debajo de su brazo, sino con una maldición, que se llevó hasta el último día de su vida; su papá, quien siempre quiso un varón para que siguiera sus pasos, al igual que mi padre, nunca la quiso si quiera ver a los ojos, la detestaba, decía que en cualquier momento, si se le daba la gana, la mataba. Ella nació triste, daba la impresión de que no tenía alma, había un vacío muy profundo en sus ojos, jamás la escuché reír, creo que su deseo más grande era dejar de sentir todo ese dolor que la agobiaba... Ese día, se cumplió. Ellos hicieron parte de ese ritual de sangre que a diario se vivía en aquellas montañas que habitábamos... Ese día entendí que a la guerra no le importa si es niño, mujer, negro o blanco, a todos los arropa con su manto de dolor por igual...

Ha pasado tanto tiempo después de ese día y cada vez me siento menos humano, a veces parece que figuro perfectamente en este paisaje, como un animal más, solo pensando en sobrevivir... Cada vez es más difícil reconocermme en el reflejo del agua. ¿Qué soy? El cabello ya cubre toda mi cara y tengo las uñas tan largas como un león. ¿Acaso ya soy una bestia? No lo soporto, pero es la vida que me tocó vivir.

Es la vida que mi padre eligió para mí. Él también nació en el corazón de esta selva, con árboles haciendo las veces de cama y los cascos de las balas como sus más preciados juguetes. Y mi madre, pues bien, nunca la conocí. Me temo que le sucedió lo que a muchas mujeres les ha pasado en la guerra, ser manoseadas con un único fin, bajarle la calentura a cualquiera de la tropa. Las ven como una fábrica de soldados, como algo desechable. Siempre le

pregunté a mi padre por ella, pero siempre me cambiaba el tema, me decía que se había ido, que nos había abandonado, que no volvería. Yo, como un pobre tonto, creí que algún día vendría hasta que noté que los demás niños tampoco tenían mamá, entonces deduje que a todas las habían matado. El mundo ha sido muy cruel con las mujeres, ha sido tanta la sangre que han derramado solo por el hecho de ser mujeres... Y, por supuesto, la guerra no ha sido la excepción, las ha castrado, quitándoles su esencia y transformándolas en soldados.

Yo creía que todas las personas vivíamos así, pasando días enteros deambulando por caminos sin salida, comiendo bichos y escondiéndonos del otro... ¡Qué estúpido fui! Desde muy pequeño me acostumbré a ver mi cara manchada por la sangre o las tripas que salían del cuerpo de los hombres, sin entender qué estaba sucediendo. Lloraba mucho, pero era un llanto silencioso, seco, crudo. Es de esos llantos que quieren salir a gritos desde lo más profundo, pero que por angustia se ahogan en la garganta. Tenía que tragarme mis lágrimas, el peor de los venenos. Yo no era como ellos, animales salvajes hambrientos de ver sangre correr por entre sus manos cada vez que acababan con una vida. Yo nunca me sentí parte de eso...

¿Acaso era necesario provocar tanto daño?

—Papá, ¿qué está pasando? ¿Por qué nos estamos matando?

—¡Cállese pendejo! ¡Ni se le ocurra soltar una sola lágrima porque lo entierro vivo!

—Tengo miedo.

—Ellos son los que tienen que sentir miedo, no ve que ya hemos acabado con la mitad de su tropa.

—No me gusta esto. ¿Algún día va a parar?

—¡Carajo, Díaz! No soporto más a este culicagado, usted debió deshacerse de él, así como lo hizo con esa malparida que se dejó llenar las tripas.

—No, él tiene que seguir los mismos pasos que yo. Todavía está biche pero, apenas apriete el gatillo por primera vez, será todo un hombre de verdad y luchará junto con nosotros por nuestra causa.

Yo tenía toda la razón, mi mamá no se fue, ni nos abandonó, le quitaron su vida de la peor forma posible. Seguramente, en cuanto dio a luz, su vida se apagó. Sé que me amó con toda su alma y sé que hubiera sido la mejor madre. Jamás le perdonaré haber matado a mi madre de esa forma tan cruel. Pero en la guerra el machismo es el pan de cada día, uno muy amargo, porque se cree que la mujer no sirve para nada más que para cocinar o tender la cama, después de parir, ya se convierte en un estorbo, en algo que no sirve. Me la imagino, conmigo adentro, sintiendo mil emociones a la vez; por una parte, llena de felicidad por traer un niño al mundo pero, al mismo tiempo, asustada por conocer el destino que le esperaba... Quién sabe si antes de mí hubo otros niños que no nacieron a causa de un aborto... Pasé muchas noches sin dormir, tratando de imaginar cómo era ella. Estoy seguro de que era igual a mí, porque yo no me parezco mucho a mi padre, a excepción del color negro que comparten nuestros ojos. Tal vez tenía una nariz aguileña, ojos color miel, unos labios gruesos, cabellera larga y rebelde como la mía, seguramente también amaba escuchar el canto de los pájaros al amanecer y contaba las estrellas hasta quedarse dormida. Sé que ya no está, aunque a veces siento que me mira desde el cielo, con el deseo de que me reúna pronto con ella, porque no quiere que sufra más...

Nunca entendí a qué causa se refería, y creo que nunca lo voy a saber, porque creo que no existe una causa que justifique tanta maldad. Lo más horrible de todo es que podía ver en los ojos de

mi padre como disfrutaba cada vez que disparaba, lo hacía ver tan sencillo, como quien apaga una vela... Siempre lo odié por eso. Todo el tiempo me obligaba a verlo, primero, matando animales, algunos conejos, serpientes, ratones... Luego, personas. Recuerdo la vez en la que me obligó a matar una gallina que se habían robado de una finca cercana; era para el almuerzo, me dio un cuchillo para que le cortara el cuello pero mis piernas temblaron y un par de lágrimas mostraron que no estaba preparado ni siquiera para matar una mosca. Todos se rieron y me sentí humillado, no podía dar la talla como los otros muchachos, que incluso se matarían entre sí, si alguien lo ordenara...

—¡Mijo, usted tiene que ser como su papá! Tiene que aprender a disparar sin fallar, dándole de baja a todos esos zarrapastrosos soldados que nos quieren acabar, quieren callar nuestra voz. Por eso estamos acá.

No sé qué hago acá, ¿acaso yo pedí nacer entre tanta miseria, entre tanto dolor? ¿Quién se atrevió a traerme a este mundo de mierda?

Aunque debo confesar algo, con todo el odio que siento por mi padre, hay días en que lo extraño profundamente, como hoy. Jamás olvidaré su cara de agonía cuando una decena de tiros atravesó su barriga; me sentí impotente porque, aunque tenía un rifle a la mano para poder vengarme de quienes lo mataron, mis dedos no reaccionaban, quedé quieto, el tiempo se congeló por un instante mientras presenciaba los últimos instantes de la vida de mi padre. Sin embargo, esa era la forma en la que la vida me demostró que cada quien recibe lo que merece, porque él, más que nadie, lo tenía merecido. Yo nunca pude ser como él, siempre fui un cobarde, de suerte estoy vivo, porque no sé ni usar un cuchillo para pelar una cebolla. Solo sigo acá porque es el único lugar que conozco, del que no puedo escapar. La selva es como un hoyo negro que da la impresión de crecer cada vez más, llevándose todo a su paso.

II

Hoy, Guillermo, el jefe de la manada, nos ha despertado a todos con mucho afán. Dice que tenemos que irnos lo más rápido posible. Que el día ha llegado.

—¡Levántense, pues, güevones! Sus días de mierda se van a acabar.

—¿Qué pasó mi comandante? ¿Ya estamos al poder?

—¡No sea güevón, Sánchez! El gobierno ha decidido negociar y parece que han llegado a un acuerdo. Nos vamos de aquí.

—¿Acuerdo? —Preguntó Rojas, con un tono bastante desafiante—. Lo único que va a pasar es que nos van a quebrar, como ha pasado siempre, ¡es una trampa! Yo no voy a ninguna parte.

—Perfecto, Rojas. No hay nada más que hablar.

Sin pronunciar una sola palabra, Guillermo desenfundó su pistola de la pierna y le disparó en medio de los ojos, ni siquiera le dio tiempo para una súplica, él era un ser impulsivo, de sangre fría; no era sangre lo que corría por sus venas, era veneno.

—¿Alguien más se quiere quedar y alimentar a los chulos?

La selva quedó por un instante en silencio mientras todos nos mirábamos.

—Muy bien... Espero que quede claro lo que les va a pasar si se ponen de revoltosos como Rojas. Así de sencillo, se acaban los problemas. Se va a firmar un acuerdo para acabar la guerra, para que pare la violencia, así que no me hagan volver a utilizarla.

¿Acaso es el fin de esta pesadilla? ¿Por fin podré tener la oportunidad de conocer lo que hay ahí afuera? ¿O tal vez es la peor trampa del destino y nos van a matar como Rojas dijo? No sé la respuesta, pero no hay otro camino, es eso o terminar en el piso, listo para convertirme en la cena de alguien más.

—¡Apúrense, cabrones, que en unos minutos va a aterrizar un helicóptero!

Jamás me había sentido tan feliz en la vida, quería llorar, pero mis lágrimas estaban tan reprimidas en lo más profundo de mi alma que fue imposible que se asomaran.

III

Yo me siento feliz, pero el ambiente está tenso, no sabemos lo que nos espera, tal vez unos irán a la cárcel, otros quizás se entreguen al bajo mundo de la delincuencia y tal vez algunos (como yo), quieran darse una nueva oportunidad y empezar a hacer las cosas bien. Cada vez, todo se vuelve más pequeño, la gran selva que fue nuestra casa durante tanto tiempo se va haciendo más pequeña, hasta convertirse en una insignificante peca del paisaje. Han pasado varias horas y nadie ha dicho nada, todos mis compañeros mantienen la misma expresión en su cara, en especial Guillermo quien, aunque siempre se ha mostrado serio y rudo, hoy manifiesta angustia y miedo, porque seguramente tampoco sabe lo que le espera. Sin embargo, no dudó un momento en dejar que se lo llevaran de ese lugar, al que nadie pertenece, solo el diablo.

Conocer la ciudad por primera vez es una de las cosas más emocionantes y al mismo tiempo más atemorizantes que he vivido hasta ahora. Grande, intimidante, llena de tantos lugares por recorrer, de tanta gente con quien hablar; pero hay algo que no me deja estar tranquilo... Mi pasado... ¿Qué pensará alguien cuando se entere de dónde vengo? ¿Que hice parte de las filas de una de las guerrillas más violentas de los últimos tiempos? A pesar de ya no tener un uniforme y un rifle, es imposible desprenderse de esa sombra que fue testigo de tanto dolor. Aunque podría estar tranquilo, porque jamás maté a alguien, el llanto y la desesperación que sentí en medio de las masacres no me dejan estar en paz.

Ha sido muy difícil conciliar el sueño, cualquier ruido en medio de la noche me hace pensar en disparos, en lamentos, en desesperación. Es solo alguien entrando al baño. Estoy paranoico, sobre todo, porque mañana nos reuniremos con gente que decidirá nuestro futuro. Pensé que este día jamás llegaría, creí que eran necesarios otros cincuenta años para por fin darnos cuenta de que la violencia es un círculo vicioso del que es muy difícil salir.

IV

El día del juicio final ha llegado, es el inicio de una nueva vida. Sinceramente no tengo muchas esperanzas pero, sea lo que sea, estoy seguro de que será mejor que la asquerosa vida que llevaba antes. Me siento como un simio intentando ser un humano, hay tantas cosas que no sé hacer, como tomar un bus, usar el dinero, buscar una dirección; me siento inservible, inútil, como un parásito.

—Siguiente.

—Buenas tardes...

—Jorge, ¿verdad?

—Sí señor...

—Acá dice que usted es el hijo de alias Don Méndez.

—Sí, pero ya está muerto.

—¡Qué maravilla! ¿Sabe cuánto tiempo estuvimos detrás de ese malnacido? Sabemos que es su papá, pero él le hizo mucho daño a miles de personas, estamos felices de que ahora esté bajo tierra.

—Hhhmmmm.... Y pensar que ni siquiera tuvimos tiempo de enterrarlo.

—Entendemos, seguramente ni los gusanos se lo tragarán.

—¿Qué quieren de mí?

—No es necesaria la agresividad, siéntase afortunado porque podríamos estar llenándolo de tiros en este momento. Queremos darle una segunda oportunidad. ¿Le gustaría trabajar, estudiar?

—Ni siquiera cursé primero, prefiero trabajar.

—Muy bien, lo supusimos. ¡Al camión!

v

—¿Dónde mierdas estoy?

—No sabemos, pero seguramente no es un buen lugar.

—¿Ustedes quiénes son?

—Creo que somos de la misma camada...

—Reconocería ese tatuaje incluso estando ciego. Ustedes son del Frente 39, ¿qué hacen acá?

—Eso mismo quisiéramos saber, solo recuerdo...

—¡Cállense, cerdos! Solo van a hablar cuando se les ordene.

—¿Y usted quién es? ¿Qué nos van a hacer?

—No los vamos a recompensar por todo lo que han hecho, si es lo que creen.

Rojas tenía razón. El Estado nos engañó, ninguna novedad. Seguramente ahora estarán sacando pecho en la televisión, diciendo que la paz es un hecho, que la violencia es cosa del ayer, y aquí estamos, llenos de mil preguntas porque no sabemos lo que nos espera.

—Acá ustedes no valen nada, así que es mejor que se olviden hasta de su nombre. De ahora en adelante, van a hacer lo que se les diga y, si se rehúsan, pues podemos arreglarlo con un par de balazos.

Uno cree que los monstruos solo se encuentran en la selva, en uniformes camuflados, pero no, los hay de todos los tipos, en los lugares más inesperados... Esta vez es un ganadero infeliz que nos quiere tratar como a una de sus bestias, solo falta que nos marque con un hierro hirviendo y que nos ponga un anillo enorme en la nariz para hacernos parte del ganado.

—Ustedes le han hecho mucho daño al país y ahora van a pagarlo de la peor manera, pero en vida, porque ni crean que los voy a matar, eso sería un premio... Claro que, si se portan muy mal, los corto en pedazos y se los echo de comer a los marranos, aunque dudo que ellos se traguen semejante porquería. ¿Qué creyeron? ¿Que los íbamos a perdonar y que les íbamos a dar un palacio para que vivieran felices? Eso solo pasa en los cuentos, esto es la vida real y acá se castiga al que ha obrado mal. ¿Ven esa carroza que está allá? Tienen que arrastrarla con su cuerpo y llevarme cada vez que se me dé la gana. Y créanme, me gusta mucho montar en mi carroza, ya es hora de que los burros descansen...

Esos ojos... Reflejan la misma malicia que mi padre, están cargados de tanto odio, de tanto resentimiento.

Qué amarga libertad... Terminamos siendo las mulas de carga de un arriero desalmado.

VI

No sé cuántos días más vamos a aguantar esta tortura. Siempre me consideré inofensivo, incapaz de hacerle daño a otro, pero todo esto que hemos vivido acá ha hecho que mi corazón se vuelva negro y que mi cabeza se llene de malos pensamientos. Si tan solo no tuviera estas cadenas atadas a mis pies y manos, ya habría acabado con ese gordo.

¿A quién quiero engañar? Sigo siendo un cobarde. Soy incapaz de hacerle eso, incluso al más malo. Mucha gente cree que la guerra es la respuesta, pero si eso es así, ni siquiera quiero conocer la pregunta...

Siempre quise saber qué pasaría si hubiera nacido en otro lugar o momento, si en vez de haber nacido en medio de matorrales, con un apellido manchado por la sangre, hubiera nacido en un hospital, en manos de una enfermera, que con emoción le dijera a mi madre “es un niño”; si en vez de aprender a armar un rifle hubiera aprendido a sumar, a leer, a escribir; si en vez de gritar de la rabia, al ver cómo mataban a alguien, hubiera gritado por cada gol que hiciera, (porque siempre me gustó el fútbol); si en vez de pintarme la cara para esconderme del enemigo hubiera pintado cuadros o retratos... Pero todo se queda ahí, en esa triste y melancólica frase de “¿y qué tal si...?”.

Ya estoy muy viejo, tengo casi cuarenta años y este es mi destino, ser una mula de carga para alguien que cree que soy un asesino, sin si quiera imaginarse que soy un hijo de la guerra, no su padre. Como yo, seguramente existen muchos niños, niñas, madres, hermanas, que por una mala jugada del destino terminaron sumando una página más a este interminable libro que ha sido la violencia en el país. ¿Que si algún día acabará? Es mi mayor deseo; si es necesario vivir esta tortura por toda la eternidad a cambio de que otros no tengan que sufrir todo lo que yo sufrí, lo haría sin pensarlo dos veces.

El infierno sí existe... Yo lo he visto... Es verde.

Fin